

CONTRADICCIONES

Por GERMAN BERNACER

¿Cuáles son los grandes problemas económicos del mundo en la actualidad? He aquí una pregunta a la que los economistas dan muy diferentes contestaciones. Consideremos hoy la de uno de ellos: el inglés Ian Bowen, para el cual son los dos principales: el declive de la población en el mundo occidental (1) y la desocupación. El primero constituiría una amenaza, el segundo una realidad palpitable (2).

Planteados en estos términos, ¿no resultan algo contradictorios ambos problemas? Si la desocupación procediese, como se supone a veces, de la sobra de brazos, el primer problema no sería una amenaza, sino un paliativo del segundo. Pero el autor que comentamos siguiendo lo que él mismo llama la moda keynesiana, no da como origen del desempleo el exceso de brazos, sino la falta de demanda.

Una discusión de esta tesis me parece que ofrece algún interés. Los hombres son a un tiempo factores de producción y agentes de consumo; podríamos decir más gráfica, aunque más groseramente, que tienen unos brazos al mismo tiempo que un estómago; todo depende de lo que funcione más de prisa. Cada recién venido representa una demanda por lo que consume y una oferta por lo que produce. Si su consumo supera a su producción, un aumento de población puede parecer un alivio a la falta de demanda y una agravación en el caso inverso.

Lógicamente parece que, si el aumento de la población o su no disminución son deseables, el medio de no agravar con ello las proporciones del segundo problema sería reducir la capacidad de producción de los recién llegados sin detrimento de su capacidad de consumo. Mas no parece que el autor que comentamos se proponga semejante solución. Por el contrario, se ocupa ampliamente del problema de la eficacia de la industria inglesa, de las maneras de aumentar su rendimiento productivo por hombre-hora,

(1) Según Notenstein, con los coeficientes actuales, la población de la Europa del Centro y del Noroeste habrá pasado en 1970, de 234 millones en 1940 a 225, mientras la del resto, o sea E., SE. y Península Ibérica, pasará de 165 a 192 millones, y la de la U. R. S. S., de 173 a 251.

(2) Ian Bowen — *Britain's Industrial Survival* — Faber and Faber, Londres, 1947. (La supervivencia industrial de Inglaterra) pag. 12 y siguientes.

como medio de favorecer la capacidad de competencia de la industria inglesa. Esto es plantearse el problema de una manera bastante unilateral. Un problema mundial o internacional no se puede plantear desde el punto de vista del interés de una nación.

Además, en las premisas se dice que es la falta de demanda la causa del paro, más luego al considerar los efectos de la nueva población sobre el problema del paro, lo que se consideran son las necesidades de la población, lo cual no es lo mismo. Sentir necesidades no es sinónimo de promover demanda; precisamente el problema del paro consiste en que los parados pierden el medio de demandar sin perder las necesidades, de lo contrario no habría problema. Y, según las propias palabras de Bowen, "la falta de demanda sólo puede corregirse alterando la constitución social de modo que de una distribución más uniforme de los ingresos resulte mayor consumo, o bien favoreciendo una mayor inversión de capital dentro o fuera del país". En menos palabras, aumentando el consumo o incrementando la capitalización ya que el conjunto de la producción se distribuye en ambos capítulos.

No cabe duda que alterando la forma de la distribución se puede cambiar la estructura de la demanda; haciendo a los ricos menos ricos y a los pobres menos pobres es posible que la demanda aumente a expensas del ahorro, y probable que la demanda de artículos de necesidad sea mayor y menor la de artículos suntuarios. Más difícil de probar es que la demanda se eleve en su totalidad por este simple hecho. Nuestro sistema económico está fundado sobre el *do ut des*; no se admite que nadie consuma normalmente más que produce, si consideramos como unidad económica la familia. Cada familia obtiene una remuneración que se considera la recompensa de su aportación, y el significado de esa remuneración es dar a cada cual una capacidad de demanda que se considera proporcionada a esa aportación. Por voluntad de los particulares o por la acción del Poder se puede disminuir la parte de unos y aumentar la de otros, pero es evidente que eso no haría variar la capacidad global de la demanda en lo más mínimo, en tanto no aumente el valor total de la producción, lo cual no puede cumplirse si no hay más demanda global. Podrá aumentar el consumo, pero en ese caso habrá de disminuir la capitalización si está en lo cierto el pensamiento keynesiano. Aumentar uno y otra sólo puede conseguirse incrementando la producción y la ocupación a la vez pero, ¿cómo conseguir esto si la demanda total no aumenta? Admitir la posibilidad de ello sería contradecir la premisa sentada por el propio Bowen de que la ocupación depende de la demanda del mercado, y si no lo admitimos caemos dentro de un círculo vicioso. Para demostrarlo podemos valernos del hipotético ejemplo numérico de Lerner, que Mr. Bowen aduce, a saber:

Renta total	Propensión a consumir	Valor del consumo	Propensión a capitalizar	Capitalización verdadera
(Miles de millones)				
120	75 por 100	90	25 por 100	30
100	75 —	75	25 —	25
90	80 —	72	20 —	18
80	85 —	68	15 —	12
70	90 —	63	10 —	7
60	95 —	57	5 —	3
50	100 —	50	0 —	0
40	105 —	42	-5 —	-2

Quando la renta es de 120.000 millones se emplean 90.000 en comprar artículos de consumo y 30.000 en comprar y construir artículos de capital. La recíproca es también verdadera, puesto que componiéndose la producción íntegramente de artículos de consumo y artículos de capital, la renta de la comunidad, que consiste en su producción, no puede ser de 120 millones si consumo y capitalización juntos no alcanzan esa suma. Esto encierra el pensamiento keynesiano en un callejón sin salida ¿Qué ocurre cuando la renta y, por tanto, la producción pasá de 120.000 a 90.000 millones? De los 120.000 millones, los que no se empleaban en consumo se capitalizaban, luego la demanda global era de esa misma suma. Si la ocupación depende de la demanda, ¿cómo disminuye aquella sin disminuir la demanda previamente? He aquí uno de los misterios de la ideología keynesista.

Según muchos economistas de esta escuela, cuyas teorías comento con frecuencia, parece que lo que ocurre es

que faltan recursos, pues el remedio que proponen es que el Estado haga inversiones, sean productivas o improductivas. Ellos se dan cuenta de que lógicamente, con arreglo a sus premisas, esas inversiones no pueden hacerse a expensas de impuestos que se establezcan, ni de empréstitos hechos al ahorro privado, porque ello conduciría únicamente a transferir al Estado la inversión que de otro modo harían los particulares, y el volumen de demanda no cambiaría. Lo que proponen generalmente en casos de depresión es un déficit presupuestario deliberado, el cual se habría de cubrir por medio de emisiones de dinero. Esto se ha considerado siempre inflacionista y creo que con razón. Pero otros, y en este caso está Mr. Bowen, parecen tomar una actitud opuesta: He aquí en qué términos la presente autor: "Si la capacidad de ocupación en la industria es de 120.000 millones, tiene que haber una inversión anual de capital de 30.000 millones. Pero las oportunidades remuneradoras de colocación de capital dentro del país se encuentran saturadas al tipo de interés corriente, y habría que buscarlas en el exterior, aunque sean más arriesgadas". Según esto, lo que faltan no son fondos invertibles que el Estado haya de suplementar mediante la prensa de billetes; por el contrario, son superabundantes hasta el punto de no hallar colocación (lo que se da de cachetes con el apotegma: ahorro=capitalización), y es de aquí de donde va a resultar una merma de renta y de ocupación, una depresión económica.

Si esto es así, el remedio que Bowen ve en la exportación de capitales podría consistir en que el Estado absorbiese esos capitales y los invirtiese él; no sería menester crear recursos inflacionistas.

Como se ve, la actual ortodoxia económica a la moda es un comodín del cual se pueden sacar sobre las mismas premisas las consecuencias más dispares y opuestas. Lo sensible es que tesis de este tipo, tan poco evidentes y claras, sean aceptadas sin crítica por el sólo hecho de venir respaldadas por nombres prestigiosos. Los dogmas son buenos para las religiones, donde representan cristalizaciones de una creencia, expresiones de una fe, pero en la ciencia son perniciosos; suponen la paralización del progreso científico en un punto, y a veces en un punto de máximo error, ya que el vulgo, y no sólo el vulgo de la calle, suele dejarse seducir por ideas simples e imperfectas. Véase como ejemplo el marxismo, que ya es para grandes multitudes un artículo de fe. El keynesismo amenaza convertirse en algo parecido para los economistas científicos, lo que retrasaría el progreso económico durante muchos años.

El autor que examinamos se da cuenta sin duda de estas incongruencias y en un párrafo, que rotula con el significativo título: "¿Hay demasiado, o demasiado poco capital?", dice: "Toda la postura keynesiana, que se está convirtiendo en la ortodoxia económica actual, se basaba en un análisis de la condición económica del mundo en la gran depresión de los primeros años de la cuarta década del siglo. El diagnóstico se basaba en dos supuestos complementarios: la tendencia de los individuos a querer ahorrar demasiado y en la ausencia de oportunidades de colocar capital capaces de absorber todo el volumen de ahorros deseados y anticipados". Según esto, Keynes habría pretendido sacar una teoría científica de un caso particular que, a lo sumo, hubiese podido dictar una política oportunista... Interesantes son también estos párrafos que siguen: "... y la próxima depresión se prevé en los mismos términos de la pasada como una quiebra en la demanda efectiva, especialmente de artículos tie capital. Hay argumentos poderosos en favor de este diagnóstico, y no es fácil dogmatizar contra él, pero hay que considerar siquiera la posibilidad de que en adelante los bienes de capital se hallen más bien escasos que abundantes".

Colectando estos párrafos con los citados precedentemente revelan que se juega en todo esto con dos conceptos distintos de capital que se toman indistintamente, aunque no son sinónimos: el capital como fondo monetario y el capital como bien real, es decir, el capital financiero y los productos de trabajo que se emplean para auxiliar la producción. A base de esta confusión se crea un equivoco constante que explica la diversidad de conclusiones y la ambigüedad que existe en todos los razonamientos deductivos establecidos sobre las premisas keynesianas. Yo creo que los economistas que han sido seducidos por esta doctrina debieran revisar seriamente su posición.